

sonia a una señora que podía ser la abuelita de Calígula, y que hablaba en un idioma incomprensible, posiblemente idioma del espacio exterior, inspirado en las señales del universo que se reciben de cuando en cuando, y que son enviadas por criaturas de lejanos mundos, que tratan de comunicarse con nosotros para enseñarnos a hacer teatro.

24 de julio de 1966

JUVENTUD Y POLILLA O LA ZARZUELA *versus* EL BULE BULE

Un día Federico García Lorca hizo esta confesión a sus amigos más íntimos: “No se lo digan a nadie, pero adoro la mala música”, y don Tomás Rodríguez Rubí, famoso autor dramático español del siglo xx, en su lecho de muerte alcanzó a liberarse de un sentimiento que había permanecido oculto durante toda su vida cuando exclamó: “¡Me carga el Dante!” Cada persona tiene un gusto especial por algo mediocre o malo, y cada persona tiene también una antipatía por algo que es muy bueno. Sin pretender compararme con los dos autores citados, y sólo para descargo de lo que sigue y para los fines de este artículo, me veo obligado a confesar mis antipatías y mis simpatías: Me carga Debussy y me gusta la zarzuela. Con semejante declaración, más de un amigo va a hablar de mí en términos despectivos y más de un actor al que he atacado en mis crónicas va a explicarse por qué en ocasiones no entiendo las puestas en escena que quieren ser muy modernas. Es posible que tengan razón.

Me gusta la zarzuela porque he estudiado a fondo el teatro en el siglo xix y acabé por encariñarme del romanticismo, del naturalismo, de la ópera, del cancán, de la opereta y, por fin, de la zarzuela. Un género que hizo llenar todos los teatros de los países de habla española durante más de cincuenta años, que fue el espectáculo favorito de todas las clases sociales —como ahora el cine—, algo ha de tener. Desgraciadamente, pertenece al pasado inmediato, al que cada época ve con desprecio, y tienen

que transcurrir cien años para que adquiriera su justo valor. Pero cualquier defensa de la zarzuela que se haga en estos momentos, sonará ridícula y ningún argumento tendrá solidez ante los ojos de las nuevas generaciones de autores dramáticos, compositores, actores e intelectuales en general. Por tanto, me limitaré a señalar un hecho que ha llamado poderosamente mi atención y que puede ser el comienzo en México de un movimiento que día a día toma mayor fuerza en Europa entre la juventud: la regresión al pasado para escapar del presente. Según las noticias que se tienen, los jóvenes se están cansando ya de ser “la generación perdida”, de los ritmos a go-go, de los suéteres hasta las rodillas, y buscan en lo pasado las armas para combatir lo actual en modas, música, lecturas y costumbres. En Inglaterra existe un club donde se reúnen los jóvenes a escuchar a Chopin y a Wagner, a leer a Chateaubriand y a Víctor Hugo, a resucitar el desaparecido arte de la conversación, y a implantar nuevas modas que se inspiran en el siglo xix. Basta ver los últimos números de revistas de modas masculinas en cualquier sastrería elegante para darse cuenta que los sacos vienen más largos por detrás —la levita—, que las solapas apenas existen ahogadas por cuatro y hasta cinco botones, y que las corbatas se ensanchan prometiendo convertirse en plastrones.

El primer síntoma de este nuevo movimiento en México acabo de descubrirlo en el Teatro Iris los domingos, donde se presentan tres zarzuelas con buenos cantantes de Ópera Nacional y una producción que aun cuando se apega en todo a lo tradicional (decorados de papel, concha de apuntador, orquesta desafinada, agradecimiento de aplausos en los mutis, etcétera), tiene mayor propiedad y gusto que la de otras temporadas de Pepita Embil o de la inefable Carmen Delgado. Pues bien, el Teatro Iris se ve lleno hasta la galería en cada función o “tanda”, pero no exclusivamente de un público formado por ancianos que van a recordar sus buenos tiempos o de señoras que aún suspiran por el porfirismo, sino que, mezclados con ellos, asisten cientos de jóvenes de suéteres holgados, largas melenas, anteojos oscuros, y cuando pensé que estaban allí para arrojar jitomates al escenario, mi asombro fue mayor cuando pude darme cuenta de que permanecían silenciosos, atentos, arrobados por aquella música que hasta unos

días antes habían considerado cursi (lo es, en efecto) y anticuada e indigna de hablar de ella siquiera. Y cuando Enrique Alonso, el empresario de esta temporada, se adelantó al proscenio y anunció que próximamente se presentaría María Conesa en *La gatita blanca*, aquellos jóvenes aplaudieron y se entusiasmaron más que los viejos. ¿Qué fenómeno es éste? Se me dirá que es una minoría absoluta, un grupo de “degenerados” o de retrasados mentales. ¿Quién sabe? Quizá dentro de diez años no se escuche en México más que arias de ópera y de zarzuela en los cafés existencialistas, andemos vestidos con levita, plastrón, polainas y bastón (el paraguas que tanto se usa ahora en los jóvenes elegantes, ¿no quiere ser bastón?), las Julissas se vuelvan típics al estilo de al Conesa, la calle de Madero vuelva a llamarse de Plateros, y las bellas muchachitas, con bucles, con pantalones y con palidez en el rostro, mueran de tuberculosis en lugar de cáncer pulmonar.

31 de julio de 1966

PERRY MASON PERDIÓ FINALMENTE SU PROPIO CASO

¿Cuántos años duró la serie de Perry Mason por televisión? Por lo menos cuatro, y a razón de un episodio por semana, sacamos la enorme cifra de más de doscientos casos ventilados en el mismo juzgado y todos ellos ganados por el gordo abogado, quien a última hora sacaba de la manga al verdadero asesino, como un prestidigitador, sin que los televidentes entendieran muy bien cómo llegó a tan brillante conclusión, no sé si por defecto del libreto o por el pésimo doblaje al español efectuado en Puerto Rico. En los Estados Unidos los productores de la serie recibían cientos de cartas en las que se pedía que Perry perdiera un caso alguna vez, pero los realizadores se hicieron los sordos y el abogado defensor terminó la serie y bajó a la tumba invicto. Al menos así lo creyó él, pues nunca supo que había perdido el caso más importante de su carrera: la televisión contra el género policiaco en el teatro.